

L. GIL FERNÁNDEZ, *Sobre la democracia ateniense*, Madrid: Dykinson, 2009, 184 pp.

Este tomito que inaugura la colección «Clásicos Dykinson» reúne nueve trabajos dedicados a distintos aspectos de la democracia ateniense, publicados originalmente en fechas que van desde 1970 hasta 2005. El libro se abre con una «Nota del autor» en la que se explican los pormenores que acompañaron la redacción de cada trabajo. El primer capítulo traza un cuadro cronológico de la democracia ateniense, que en realidad es un resumen de la evolución de los distintos regímenes políticos desde época micénica hasta el sometimiento de Grecia bajo Filipo de Macedonia, que marca el final de las ciudades estado. Las últimas páginas de este capítulo se dedican a valorar los aciertos y defectos de la democracia ateniense y las consecuencias que eso tuvo en la actitud de los ciudadanos ante la política, lo que es una de las ideas recurrentes de este libro, aunque en este momento se limita a resaltar los defectos y hay que esperar hasta los últimos capítulos para los aciertos. El autor ve el defecto más grave de la democracia en la costumbre de hacer recaer la responsabilidad de los fracasos, a los que podía llevar cualquier acuerdo de la Asamblea en quienes habían hecho la propuesta correspondiente, de tal manera que los ciudadanos tendían a evitar la actividad política y aquella, al no estar sujeta a alternancia en el poder, quedaba exenta de responsabilidad. Es lo que denomina, con alguna intención provocadora, «la irresponsabilidad del demos», que es objeto del capítulo III del libro. Y precisamente en esta característica de la democracia ateniense reside la causa principal de las actitudes egocentristas e individualistas de las escuelas filosóficas que triunfaron en época helenística. El capítulo II es una aguda investigación sobre el sentido de las reformas de Clístenes, que están en la base de la democracia ateniense.

Los capítulos IV - VIII se dedican a la investigación de las bases ideológicas de la democracia ateniense y al vector que éstas supusieron para conformar la actitud de los ciudadanos atenienses en los distintos ámbitos de la vida diaria. El capítulo IV sienta las bases de todo el análisis posterior partiendo de las definiciones de ideología de Alvin W. Gouldner, «sistema de signos y de reglas para usarlos con la finalidad de justificar y movilizar proyectos de reorganización social», y de Kay Lawson, «aplicación programática y retórica de un amplio sistema filosófico que impulsa a los hombres a la acción política y les proporciona una guía estratégica para dicha acción», adaptándolos a las circunstancias de la cultura griega, en la que, como es obvio, no se dan todas las condiciones de la definición. Entre otras cosas porque una ideología supone un sistema filosófico que le sirve como marco de referencia, y esto no se da en Grecia hasta Platón y Aristóteles. El capítulo siguiente (V), «Las primeras justificaciones de la democracia», después de comentar el diálogo de Otanes, Megabizo y Darío que se encuentra en el libro III de Heródoto y el discurso de Atenágoras que aparece en Tucídides, donde la democracia se define por la libertad y la igualdad ante la ley, pasa revista a los discursos fúnebres de Pericles, de Aspasia (Platón, *Menéxeno*), en los que se encuentra la justificación de la democracia como un efecto de la autoctonía, entendida como igualdad de nacimiento, de la que presumían los atenienses. Se puede decir, pues, que la democracia se asienta en un trípode análogo al que estableció la Revolución francesa: *isogonía*, *eleuthería*, *isonomía*. Esto le da pie para un análisis del mito del *Protágoras*, que ocupa el capítulo VI, en el que la democracia se justifica como un sistema de gobierno instituido por el mismo Zeus a través de Hermes, y un estudio (capítulo VII) de la evolución del significado de *ισότης* en el siglo V, tomando como punto de partida el parlamento de Yocasta en *Las Fenicias* de Eurípides. El capítulo VIII se dedica a presentar cómo los tres grandes principios de la democracia se realizaban en los distintos ámbitos de la vida diaria de Atenas, sus limitaciones y sus contradicciones, como el hecho de que la democracia ateniense se asentaba sobre la dominación de sus «aliados», hasta el punto de que se ejercía sobre ellos como una tiranía. El último capítulo de este libro, «Sobre la raigambre griega del sistema democrático», traza un panorama del papel que ha desempeñado el antecedente griego en las democracias modernas a lo largo de la historia y de cómo el

juicio sobre ella se ha visto condicionado por las fuentes de que disponían los teóricos de la política. Así los autores de la Edad Media forman su opinión sobre el testimonio de Cicerón, los estoicos latinos, San Agustín y San Isidoro. En el siglo XVIII, en cambio, la base teórica se sitúa en la *Política* de Aristóteles y en la *Vida de Solón* de Plutarco, pero el modelo que siguen las constituciones de los nuevos estados está inspirado en el sistema de Roma. Pero, el vuelco definitivo se produjo en la segunda mitad del siglo XIX con el auge de los nacionalismos, el desarrollo de la historiografía, y la publicación de la *Athenaion politeia* de Aristóteles.

En resumen, a pesar de ser una compilación de artículos, el libro logra cierta unidad de tratamiento basada en el enfoque general con que se aborda el problema de la democracia griega. Así el lector tiene a su disposición, unidos en una lectura ordenada, esta serie de trabajos, alguno de los cuales se encontraba en publicaciones de difícil acceso.

Nos encontramos, en suma, con un libro lleno de ideas sugerentes que se lee de un tirón. Conste nuestra felicitación a la editorial DYKINSON que ha emprendido la publicación de esta obra en los momentos que corren.

Ignacio RODRÍGUEZ ALFAGEME
Universidad Complutense de Madrid

ANNA TIZIANA DRAGO, *Aristeneto. Lettere d'amore*, introducción, texto, traducción y comentario, ed. Prensa Multimedia, Lecce, 2007, 657 págs.

A un tal Aristéneto, figura enigmática de la literatura griega tardía, se le asigna un *corpus* de unas cincuenta cartas (repartidas por los editores en dos libros, de 28 y 22 ejemplares cada uno), que los traductores suelen verter unas veces como *Cartas de amor* y otras como *Cartas eróticas*. Hasta hace apenas unos sesenta años este Aristéneto era prácticamente un desconocido, pero las ediciones y traducciones de autores como A. Lesky (1951), B. Kytzler (1967), O. Mazal (1971), J. R. Vieillefond (1992), R. Gallé (1999) y F. Conca - G. Zanetto (2005) ha hecho que nuestro autor sea en la actualidad uno de los autores griegos eróticos más estudiados, como lo pone de manifiesto la bibliografía del reciente y voluminoso libro de A. T. Drago que nos disponemos a comentar hoy aquí.

La obra de Drago se abre con una *Introducción* (págs. 7-77), en la que se tocan cuestiones fundamentales de todo lo que concierne a Aristéneto. La primera de ellas la titula Drago «La tradición manuscrita, las ediciones y traducciones de las *Cartas*» (págs. 7-15). Como se sabe, las llamadas *Cartas* de Aristéneto se han transmitido en un único Códice de pergamino, el *Vindobonensis philologicus graecus 310 (V)*, datable a finales del s. XII y comienzos del XIII, al que le falta la primera página, donde se supone vendría el nombre del autor y el título de la obra. El nombre de Aristéneto se debe a que éste es el nombre del emisor de la primera carta que se dirige a un tal Filócalo. Las cartas vienen introducidas (menos precisamente la primera) por un pequeño argumento, que es, al mismo tiempo, un breve resumen del contenido de la epístola; son resúmenes que no se deben al autor del *Corpus*, sino que han sido introducidos posteriormente en época difícilmente precisable. Este Códice estuvo en manos del famoso humanista Juan Sambuco en 1561, pasando luego en 1563 a manos del editor Plantin que lo editó por primera vez (*editio princeps*) en Amberes en 1566, acompañado de unos cuarenta epítafios ficticios de héroes griegos. Nueve años después apareció en París una edición de M. Orly con traducción libre y notas de J. Mercier, que conoce varias reediciones (1600, 1610, 1639, etc.) Luego vendrán las ediciones de J. C. Pauw (1736), F. J. Abresch (1749), F. Bast (1796), Kontos (1803), R. Hercher (1873), a los que les siguen las que hemos citado en nuestro primer párrafo. De las traducciones merecen recordarse la de J. F. Herel (1770), H. Licht (1928), A.

Lesky (1951) en lengua alemana; la inglesa de A. Boyer (1701); las francesas de C. Foucault (1597), A. R. Lesage (1695), J. Bremous (1938) y la de J. R. Vieillefond (1992); en italiano existe la de F. Conca - G. Zanetto (2005), además de la presente de A. T. Drago, mientras que en español la única existente hasta ahora es la excelente de R. J. Gallé (1999), que, por lo demás, es el máximo investigador de estas cartas en la actualidad.

La segunda cuestión que aborda Drago en la Introducción de su obra que estamos comentando es el difícil y complicado problema de la atribución de autor a estas *Cartas* (págs. 16-36). Hasta la fecha ha habido varias propuestas: que el epistolario sea obra no de un solo autor, sino de varios; que su autor fuera efectivamente un tal Aristéneto, amigo del rétor Libanio; que el nombre no fuera Aristéneto, sino Aristenete; que el autor no fuera Aristéneto. Se descarta la primera posibilidad por la unidad estilística del conjunto. Entre los que admiten el nombre de Aristéneto hay varias posiciones: que se trata de un cónsul de Oriente en época del emperador Honorio (ca. 404), designado con el nombre de Flavio, o que sea el discípulo del rétor Libanio, conocido como Aristéneto de Nicea y muerto hacia el 358 d. C. Ésta es la opinión hoy en día más defendida, aunque aún está abierta la cuestión de la cronología de composición de estas cartas, pues para algunos la fecha de composición habría que situarla a fines del s. V y principios del VI, por obra de algún epistológrafo del círculo literario humanístico de autores como Procopio, Pablo Silenciaro, etc., formados en los ambientes imperiales de la Constantinopla de Justiniano. No faltan tampoco quienes piensan que Aristéneto es un simple nombre parlante (de *áristos* y *ainetós*) que significaría algo así como «el que es digno de recibir el mejor elogio». La tercera cuestión abordada en esta Introducción se refiere a la intertextualidad y genealogía de las *Cartas* (págs. 36-77), que concierne al *background* literario de las mismas: cruce de géneros, plagios, imitaciones, etc. En cualquier caso, todas giran en torno a un núcleo unitario: la descripción, conquista y defensa del amor. Las fuentes de las *Cartas* son innumerables: citas platónicas, autores líricos, autores de teatro (especialmente Eurípides), etc. Numerosos son también los *topoi* eróticos que en ellas se desarrollan: la *técnhe heitairiké*, el *erotodidáskalos*, el *servitium amoris*, etc.

Después de la Introducción viene la edición, traducción italiana y comentario de las cincuenta cartas, divididas en dos libros: libro I, cartas 1-28 (págs. 79-410) y libro II, cartas 1-22 (págs. 411-616). El texto griego se basa en la edición francesa de Les Belles Lettres de R. Vieillefond (1992), con algunas variantes esporádicas debidamente explicadas en el Comentario. Por cierto, Drago no incluye en su edición la carta II, 23 de la edición francesa por considerarla como una falsificación de la edición del griego Kontos (1803). Hay que decir que el comentario de Drago a cada una de las cartas es exhaustivo (por ejemplo la carta I.1 ocupa en el comentario las págs. 83-108), con todo lujo de detalles respecto al contenido, fraseología y *topoi* abordados, lo que hace que estemos ante la edición definitiva de estas curiosas y enigmáticas *Cartas*. El libro se termina con un listado de las siglas empleadas a lo largo de toda la obra (págs. 617-619), una completísima bibliografía (págs. 620-638), un índice de nombres y cosas notables (págs. 639-647), muy útil para localizar *topoi*, como «aborto», «adulterio», «amor como enfermedad», «belleza», etc., un índice de términos griegos y latinos discutidos (págs. 648-650) y, finalmente, un índice de autores y pasajes discutidos (págs. 651-656), que resulta imprescindible para la localización rápida de un pasaje determinado. En definitiva, estamos ante una obra muy valiosa, con una gran erudición sobre cualquier tema erótico abordado en alguna carta, que esperamos aprovechar muy bien en otra traducción española que estamos preparando sobre las cartas de Aristéneto y Filóstrato.

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ
Universidad Complutense de Madrid

MONIQUE MUND-DOPCHIE, *Ultima Thulé. Histoire d'un lieu et genèse d'un mythe*, ed. Librairie Droz, Ginebra, 2009, 494 págs., 16 ilustraciones.

La belga Monique Mund-Dopchie, que acaba de jubilarse en la Universidad Católica de Lovaina, donde ha desarrollado toda su actividad académica desde 1984 y donde desde 2008 es «Professor emeritus», es una helenista que posteriormente se ha convertido en uno de los máximos especialistas europeos en literatura de viajes e imaginario del Renacimiento y siglo XVII. Como helenista son memorables sus trabajos sobre la supervivencia de Esquilo en el Renacimiento o su *Léxico* de Hesiodo, entre otros muchos. Pero ha sido en el dominio de la literatura de viajes y todo el imaginario a ella unido en donde se ha ganado una fama internacional como pocos investigadores europeos. En este campo son famosísimos, por el prestigio alcanzado, sus trabajos sobre el llamado «Periplo de Hannón», el tema de la Edad de Oro, la cartografía relacionada con el Descubrimiento de América, los países imaginarios del tipo la India, la Escitia y la última Tule, que es el objeto del libro que vamos a comentar, además de otras innumerables cuestiones sumamente atractivas para cualquier humanista que se precie. Sus colegas y amigos de la Universidad citada le rindieron un caluroso homenaje en 2008 con motivo de su jubilación, del que ha salido un excelente libro de 845 págs. con colaboraciones muy interesantes, que tiene por título *Syntagmatia: Essays on Neo-latin literature in honour of Monique Mund-Dopchie and Gilbert Tournoy*, ed. por D. Sacré y J. Papy, Universidad de Lovaina, 2009. El libro que vamos a reseñar es la obra definitiva de la investigadora belga sobre una isla, Tule, a la que ya había dedicado infinidad de trabajos a lo largo de su dilatada labor científica, como puede comprobarse en la bibliografía suya que cita en págs. 457-458. Tule como isla extrema del Atlántico norte se menciona y describe por primera vez en Piteas de Marsella (ca. s. IV a. C.), pero adquirió su máxima fama por aquellos versos de la *Medea* de Séneca (s. I d. C.), en los que se dice que «vendrán, con los años, tiempos en los que Tule no será ya la última de las tierras» (v. 374-379), que para muchísimos historiadores fue una clara alusión a los descubrimientos colombinos. En cierto sentido, Tule viene a ser para el Atlántico Norte lo que la Atlántida, de la que también se ha ocupado muy bien nuestra autora, para el Atlántico sur, con sus analogías y diferencias que veremos luego. Aunque, tal vez, sería más apropiado decir que el equivalente de la Tule norteña es la isla *Cerné*, isla legendaria que se ubica en la fachada atlántica frente a África.

Después de un prólogo, una introducción y una nota preliminar, el libro que comentamos se estructura en cuatro grandes partes, con dos capítulos y unos preliminares cada una, en total ocho capítulos, para terminar con una Conclusión general, una lista cronológica de las fuentes, la bibliografía, unos índices de nombres y geográfico y unas tablas de ilustraciones y de materias. En el Prólogo (págs. 9-10) nuestra autora agradece su benéfica influencia a tres círculos de personalidades que le han ayudado a lo largo de su vida científica y su vida en general: el círculo de su Universidad Católica de Lovaina, el círculo de los especialistas de Humanismo y Renacimiento de la comunidad científica y el círculo de su familia más cercana, su marido y sus hijos, prestigiosos investigadores también a pesar de su juventud. En la Introducción (págs. 11-17) nuestra autora pone en relación la historia de Tule, descubierta por Piteas de Marsella, y la Atlántida, imaginada e inventada por Platón. A primera vista podría parecer incongruente relacionar a Piteas, astrónomo y navegante aventurero, con Platón, filósofo que odiaba el mar y el comercio. Pero hay un nexo indisoluble que los asocia: uno y otro han «inventado» una tierra misteriosa que se ha buscado a lo largo de los siglos para inscribirla en un mapa y focalizar en ella los sueños, los fantasmas y las emociones estéticas de Occidente. Hay, por lo demás, dos analogías sobresalientes entre ambas islas. Por un lado, tanto Piteas como Platón han afirmado el carácter verídico de su producto, sin convencer, no obstante, al conjunto de sus contemporáneos y a las generaciones sucesivas de autores griegos y latinos. Por otro, los dos

han dejado de Tule y la Atlántida descripciones lo suficientemente confusas como para permitir múltiples interpretaciones, serias o fantásticas, honestas o mentirosas, realistas o poéticas. Tal es la relación de ambas islas que en uno de los trabajos de la autora se pregunta si Tule no es otro nombre de la Atlántida o el nombre de otra Atlántida. El libro de la Profesora de Lovaina se centra en hacer la historia de los empleos del nombre Tule, desde su aparición en la cultura antigua hasta nuestros días. El único que había hecho algo parecido a lo que pretende nuestra autora es L. de Anna, con su obra *Thule: le fonti e le tradizioni* (1998). El libro que nos ocupa lo estructura su autora en cuatro partes, correspondientes a cuatro periodos de la historia de la cultura: Antigüedad, Edad Media, Renacimiento y siglo XVII y los siglos XVIII a XXI. La nota preliminar (págs. 19-20) advierte de los criterios empleados en las fuentes utilizadas y su transcripción.

La primera parte (págs. 21-82) se ocupa, como hemos dicho, de la documentación antigua, empezando con Piteas y su célebre viaje, plasmado en su tratado *Sobre el Océano*, hoy perdido, en donde se menciona por primera vez nuestra isla (págs. 23-25). Después de Piteas, viajeros y geógrafos del estilo de Estrabón, Pomponio Mela, Dioniso Periegeta, Avieno, Plinio el Viejo, etc. convierten a Tule en la isla límite por el norte de la Ecumene (la tierra habitada). Luego vienen las representaciones mitopoéticas de autores como Virgilio, Séneca, Hecateo de Abdera y otros muchos, que explotan el potencial onírico que ya de por sí tenía la misma por su carácter insular y su aptitud para suscitar fuertes imágenes mentales. La segunda parte (págs. 83-131) aborda toda la documentación de Tule en lo que llamamos Edad Media (siglos VII al XV), compuesta por unos cincuenta textos pertenecientes a autores como Isidoro de Sevilla (ca. 560-636), Rabano Mauro (ca. 776-856), Honorio Augustodunensis (ca. 1080-1150), la abadesa Herrade de Landsberg (1125-1195), Gervasio de Tilbury (ca. 1155-1234), Bartolomé el Inglés (ca. 1190-1272), Vicente de Beauvais (muerto en 1264), Brunetto Latini (ca. 1220-1294), Pierre d'Ailly (1350-1420), Antonio de la Sale (ca. 1388-1462), entre otros muchos. La Tule medieval es menos abstracta que la Tule de la Antigüedad y Adán de Breme la identificó con Islandia hacia el año 1076, que es una de las aportaciones principales de las letras medievales sobre la *ultima Thule* de la Antigüedad, sin que tampoco falten en este periodo las poetizaciones y ficciones de turno. Destacable también en este periodo es la postura del gran Petrarca, quien hacia 1350, en una de sus *Cartas familiares* (III, 1), que titula precisamente «De Thile insula», insiste en la realidad de la «isla famosa, pero desconocida», por ser el extremo conocido de Occidente, prefiriéndola a la isla Taprobana, su opuesta por Oriente. La tercera parte (págs. 133-296), la más extensa de todo el libro, hace la historia de la isla en el Renacimiento y el siglo XVII, periodo que la autora bautiza como «el largo siglo XVI», del que ella es una consumada especialista. Aquí analiza, estudia y comenta unos doscientos textos a propósito de Tule, muchos de ellos de tipo geográfico, que intentan situar la isla en un mapa, especialmente a partir de la *editio princeps* de la *Geografía* de Ptolomeo en 1475 y de la edición de Mercator en 1578 (de la que nuestra investigadora es una reconocida especialista), que hizo de la *Geografía* ptolomaica un texto clásico y la puso en primera línea en la historia de la ciencia geográfica. Lo principal de este periodo es el hecho de las primeras ediciones de los autores griegos y latinos, lo que hace que Tule sea mucho más conocida por un público ilustrado, que acude a autores como Estrabón, Plinio el Viejo, Pomponio Mela o Solino, representantes de la tradición que pudiéramos llamar «científica», o a Virgilio, Séneca, Estacio o Claudiano, más sensibles al aura simbólica de la isla que a su localización en la realidad. La mayoría de los textos de este periodo abordan el problema de la localización de la isla en la realidad de un mundo agrandado por los Descubrimientos. No obstante muchos fueron los fracasos a este respecto, pues una identificación de Tule con una isla moderna no se consiguió siempre, como ocurrió con la identificación de las Islas Afortunadas con las Canarias o con Taprobana con Ceilán o Sumatra. La cuarta parte (págs. 297-390) cubre la historia de nuestra isla en los

siglos XVIII a XXI, en los que establecer un *corpus* de textos resulta una tarea casi imposible, dada la enormidad de la materia. A partir del siglo XVIII la fortuna de nuestra isla no se estudia en los gabinetes de los eruditos, que se esfuerzan por localizarla en un mapa o rivalizan con los antiguos en la utilización mitopoética de un topónimo antiguo, sino que desde ahora Tule pasa al dominio público y se convierte en parte integrante de una cultura de masa. Entre los autores de este periodo que colaboran en el surgimiento de Tule como mito hay que citar a W. Goethe y su «El rey de Tule» (1782), que tiene el mismo título («Le roi de Thulé») de la obra de G. de Nerval (1828); la ópera de L. Gallet y E. Blau, *La coupe du Roi de Thulé* (1873), ópera en tres actos; H. Vernes y su *Mission pour Thulé* (1956), J. Mabire, *Thulé. Le soleil retrouvé des Hiperboréens* (1978); J. Malaurie, *Les derniers rois de Thulé* (1989) y *Ultima Thulé* (1990); J. Kavenna, *The Ice Museum. In Search of the Lost Land of Thule* (2006), entre otros muchos. No falta la famosa *Thulegesellschaft* («La Sociedad de Tule») del movimiento nazi del Tercer Reich, fundada hacia 1918, por unos seguidores de Hitler, que tanta propaganda hizo para el exterminio de los judíos. En conclusión, podemos decir que la historia de Tule es ante todo la de una isla que tiene un núcleo de «verdad histórica», pero que no se puede localizar en un mapa (se ha pretendido identificarla con Islandia, Shetland, Escandinavia, etc.), por lo que poco a poco se ha ido convirtiendo en mito, sobre todo por su potencial onírico y en razón de su pertenencia a uno de los confines del mundo: el Atlántico norte. Es este sobre todo el aspecto más utilizado por los poetas y novelistas.

Los restantes apartados del libro que comentamos son todos de gran utilidad: la lista cronológica de las fuentes analizadas (págs. 401-448), la bibliografía manejada, la más completa sobre esta isla que hay en la actualidad (págs. 449-486), el índice de nombres (págs. 463-474), el índice geográfico (págs. 475-486), para nosotros de extraordinaria utilidad para la localización de *topoi* abordados en el libro (por ejemplo, Islas Afortunadas o Isla de los Bienaventurados), la tabla de ilustraciones (págs. 487-489), dieciséis en total, muchas de ellas reproducciones de mapas de difícil acceso, y la tabla de materias (págs. 491-494).

En definitiva, estamos ante la obra de una investigadora que ha dedicado buena parte de su quehacer científico a desentrañar los misterios que envuelven a una de las islas más enigmáticas de la Antigüedad. Una isla que empieza siendo un descubrimiento real y que con el paso de los siglos se va convirtiendo en leyenda y mito. De ahí el subtítulo del libro: «Historia de un lugar y génesis de un mito». Este espléndido libro de M. Mund-Dopchie es el ejemplo más clarividente de lo que se debe hacer en el dominio de los lugares semifabulosos o imaginarios: la separación del mito y la realidad, sin menoscabar la importancia de lo uno y la otra. En el caso concreto de Tule aquí está recogido todo lo que hoy se sabe sobre esta legendaria isla. Mucho hemos aprendido de la investigadora belga, no sólo en este libro, sino también en sus otros muchos trabajos sobre geografía mítica y similares.

Marcos MARTÍNEZ HERNÁNDEZ
Universidad Complutense de Madrid

MEID, CHRISTOPHER, *Die griechische Tragödie im Drama der Aufklärung: «bei den Alten in die Schule gehen»*. Drama; n.S.; Bd. 6. Tübingen: Gunter Narr Verlag, 2008. 136 p.

Éste es el sexto volumen de la serie Drama, que nos presenta, como es habitual, un trabajo sólido y de calidad, bien documentado y de gran valor además para el conocimiento de la literatura alemana de una época a la que los investigadores han prestado poca atención. El autor, Christopher Meid, se centra en el estudio de la literatura germánica de la primera mitad del s. XVIII, la época de la Ilustración: literatura del género dramático basada en la tragedia griega.

La obra tiene el interés de ofrecer un estudio de autores en lengua alemana menos conocidos, que preceden a los grandes, Goethe, Schiller, von Kleist, mostrando que ya antes de éstos existía un fuerte influjo de la tragedia griega en la literatura alemana, con un valor paradigmático. Meid hace la importante aportación de investigar por primera vez acerca de estos autores y considerar la relación entre ellos y con otros de la época, en particular los de la literatura francesa, por los que éstos se hallan influidos. Asimismo observa la dependencia de todos ellos con respecto a las obras griegas (aunque en ocasiones no directamente, sino a través de versiones posteriores) y los mitos que éstas recogen, e igualmente en algunos casos con respecto a las latinas. De modo que también en su análisis examina determinadas tragedias clásicas, griegas principalmente.

Resulta significativo y se muestra evidente a lo largo del estudio de Meid la marcada preferencia de los autores en cuestión por ciertos temas y, por tanto, el predominio de determinadas tragedias como base de inspiración (la *Ifigenia entre los Tauros* de Eurípides, en especial, y también el *Edipo* de Sófocles, entre otras). Y asimismo pone de manifiesto Meid la relevancia de las variaciones del tratamiento por parte de los diversos literatos alemanes, que revelan sus particulares intereses e ideología.

En cuanto a los autores y dramas respectivos que examina en concreto:

En primer lugar (en capítulo 2, puesto que el 1 es la introducción), la obra de Joseph Anton Stranitzky, *Der Tempel Dianae oder Der Spiegl wahrer und treuer Freundschaft* (de fecha anterior a 1724), es una visión cómica —o tragicómica— y paródica del mito de la *Ifigenia entre los Tauros* de Eurípides, a la que sirvió de modelo inmediato un libreto de ópera del italiano Nicolo Minato de 1678. Señala Meid que Stranitzky tenía conocimientos de latín y de mitología y también de las *Metamorfosis* de Ovidio, pero no probablemente de las tragedias griegas.

El capítulo 3 lo dedica al comentario sobre Johann Christoph Gottsched, autor de una «Dramentheorie», un «arte poética» (*Versuch einer Critischen Dichtkunst*, de 1751), en la que muestra —según indica Meid— amplios conocimientos tanto de la tragedia griega y la literatura antigua en general (también la latina) como de la literatura moderna, la francesa en particular.

Sigue (en el extenso capítulo 4, pp. 36-64) el estudio detenido de dos obras de Johann Elias Schlegel, denominadas como «tragedias» por el propio autor, que son adaptaciones de sendos dramas griegos de Eurípides. Indica Meid que éste es el primer autor alemán del s. XVIII que se inspira directamente en los textos originales de la tragedia griega, usándolos como base para sus propias transformaciones literarias. Una es *Die Trojanerinnen, ein Trauerspiel* (cuya primera redacción, en 1736/7, tenía el título *Hécuba*), que se basa no sólo en la griega *Troyanas*, sino que amplía la trama con la de otra tragedia también de Eurípides, *Hécuba*. Meid comenta la pieza alemana en comparación con las tragedias griegas, asimismo con la de Séneca, *Troyanas* (inspirada a su vez en Eurípides y de la que Schlegel toma algún elemento), y, en fin con las francesas, de las que también recibe indudables influjos (así, de las tragedias *La Troade. Tragédie* de Robert Garnier, de 1578, y *La Troade. Tragédie* de Nicolas Pradon, de 1679). Respecto a cuestiones de forma, señala Meid que Schlegel sigue un esquema de cinco actos, bajo la influencia de Gottsched y de los clásicos franceses, y que, como la mayoría de los modernos adaptadores de las tragedias antiguas, renuncia al coro y, para dar mayor verosimilitud, evita largos monólogos y elimina —aunque no totalmente— elementos sobrenaturales, como el prólogo de dioses. En relación al contenido, analiza los personajes de la trama, y las diferencias y paralelos en su tratamiento y en la acción entre la obra de Schlegel y las griegas, así como entre los distintos autores modernos.

La otra tragedia de Schlegel estudiada es *Orest und Pylades, ein Trauerspiel*, que pertenece a una larga serie de reelaboraciones sobre el tema de Ifigenia. Pero —como señala Meid— mientras que en el s. XVII muchas se inspiraban en la *Ifigenia en Áulide*, en el s. XVIII aumentan las adaptaciones de *Ifigenia entre los tauros*, como las francesas de la Grange-Chancel, La Touche

y otras. Y hace notar que en esta obra, más aún que en *Trojanerinnen*, sigue Schlegel los dictados de la *Critischen Dichtkunst* de Gottsched, de modo que evita los monólogos y en su lugar hace a los protagonistas hablar con algún sirviente en función de *confidente*, que (siguiendo el ejemplo de los clásicos franceses) asume el papel del antiguo coro. Indica Meid, por otra parte, que Schlegel elimina elementos sobrenaturales e intenta integrar en su drama discursos actuales, como la contraposición de la razón y lo irracional, o, principalmente, la exaltación de la amistad, que es el *leitmotiv* de todo el drama (como en *Trojanerinnen* era esencial la política), hasta el punto de que la relación entre Orestes y Pílates es más importante que la de los dos hermanos.

El capítulo 5 se mueve en torno al mismo tema mítico que el anterior, en estudio de *Pylades und Orestes oder Denckmaal der Freundschaft. Ein Trauerspiel* (1747), de Christoph Friedrich von Derschau, poeta y dirigente político. Piensa Meid que este autor probablemente no conocía la obra de Schlegel, sino que las coincidencias podían más bien proceder de la influencia en ambos (y muy fuerte sin duda en Derschau) de la popular obra de Joseph de La Grange-Chancel (*Oreste et Pilade*, 1746). Como muestra Meid, en la tragedia de Derschau la trama de la de Eurípides está todavía más alterada y el personaje de Ifigenia más «empalidecido». Por ejemplo, se añade otro personaje, Tomire, la hija del tirano Toante, que mantiene una relación con Pílates. Y esto sirve no sólo para adornar la historia con una intriga amorosa —no existente en otras versiones, como la de Schlegel— sino para dar mayor relevancia a la elección de Pílates, que renuncia al amor de Tomire por Orestes, pues vuelve a ser esencial en esta obra el motivo de la amistad entre Orestes y Pílates, una amistad de tintes homoeróticos que deja al margen la importancia de los papeles femeninos (Meid, p. 70).

Otro tema mítico y el influjo de otro trágico griego —Sófocles— es el tratado en el capítulo 6, sobre *Oedipus. Ein Trauerspiel* (1746), de Johann Heinrich Steffens. Comenta Meid que este autor tiene como modelo de la trama general la tragedia de Sófocles *Edipo rey*, pero la amplifica con otros personajes —por motivos pragmáticos, para crear papeles de mucho efecto teatral— que toma de los dramas correspondientes de Séneca, Pierre Corneille (*Oedipe*, 1682), y también de *Fenicias* de Eurípides. Además, señala que la obra de Steffens es una pedagogización de la de Sófocles, y que es un interesante intento de conciliar las exigencias del teatro didáctico con las normas de la teoría de la tragedia de Gottsched.

El capítulo 7 se centra en la comparación entre la tragedia griega y una tragedia burguesa, *Miss Sara Sampson* (1755), de Gotthold Ephraim Lessing, obra que presenta una versión moderna del tema de Medea, inspirada fundamentalmente en la *Medea* de Séneca.

En el capítulo 8 vuelve Meid a analizar distintas adaptaciones de tragedias griegas de un mismo autor: Johann Jacob Bodmer, uno de los más significativos teóricos de la Ilustración, pero con poca fama como poeta. Tres son los dramas de Bodmer basados en tragedias griegas: *Electra, oder die gerechte Uebelthat. Ein Trauerspiel* (1760), *Oedipus* (1761) y *Karl von Burgund* (1771), una transposición de *Los Persas* de Esquilo en la Edad Media. La intención política de la tragedia es central para la teoría de Bodmer, y considera el drama político legítimo seguidor de la tragedia griega, de Atenas, especialmente como se muestra en Eurípides y en Sófocles.

El capítulo 9, por último, consiste en un resumen que recoge las ideas generales y enfatiza la conexión entre estos diversos autores de la Ilustración y la tragedia griega.

Se cierra el trabajo con una relación de referencias bibliográficas: fuentes y estudios.

Para concluir, reiteramos nuestra felicitación por este valioso trabajo.

Alicia ESTEBAN SANTOS
Universidad Complutense de Madrid

GRUBER, MARKUS, A., *Der Chor in den Tragödien des Aischylos: Affekt und Reaktion*. Drama; n.S.; Bd. 7. Tübingen: Gunter Narr Verlag, 2009. 570 pp.

Comentamos a continuación otro nuevo volumen, el séptimo, de la serie Drama. En gran variedad de contenidos, dentro del común obligado en que se encuadra la colección («Studien zum antiken Drama und zu seiner Rezeption»), ahora el tema tratado es el coro en las tragedias de Esquilo: un excelente estudio, en profundidad, sobre la función del coro y sobre las obras del trágico.

Este trabajo prolijo y minucioso —como corresponde al hecho de que procede de una *Dissertation*—, bien estructurado, se divide en tres partes: la primera, sobre el método, de aspectos generales; la segunda (con mucho la más extensa), en estudio detenido, individualmente, de cada tragedia de Esquilo, a excepción de *Prometeo*. Ésta se puede considerar el cuerpo principal del trabajo, la parte práctica, en útil análisis de las obras, a la que sirve la primera como introducción teórica. En cuanto a la tercera parte, más concisa, consiste en una valiosa síntesis de los resultados de lo que se ha ido exponiendo pormenorizadamente en los capítulos precedentes.

En la primera parte (pp. 1-102), más teórica, como hemos dicho, se discute la cuestión fundamental sobre el papel del coro: ¿participa realmente en el drama, en la acción, como una *dramatis persona* más, o tiene preferentemente una función ritual? La tesis que sostiene Gruber es que el coro en Esquilo establece un vínculo afectivo entre la acción y los espectadores, que se identifican con él, y que ese lazo y esa identificación que permite al coro conducir y manipular incluso las emociones del espectador, situándole dentro de la crisis de la tragedia y haciéndole esperar —junto con él— en la solución del conflicto, es lo que principalmente define al coro. De modo que se llega a la conclusión de que su carácter esencial es el ritual, como parte de la ‘song-and-dance culture’ griega, que considera Gruber como originariamente un medio de crear y defender el orden cívico, para lo que es fundamental la «curación» ritual de una situación de crisis, que es superada en la acción coral. Y dice Gruber que el papel del coro como personaje en alguna pieza determinada es sólo accidental. En esta parte metodológica incluye también una relación del coro griego antiguo en su conjunto, presentando las actuaciones del coro en el Himno homérico a Apolo como ejemplo típico.

La segunda parte comprende el análisis de los coros en las tragedias de Esquilo, con el fin de comprobar en la práctica las conclusiones expuestas teóricamente. A cada pieza le dedica Gruber un amplio y sustancioso comentario, desglosado en distintos apartados en cada una, y sub-apartados en algunos casos (todo lo cual viene especificado en pormenor en el índice de contenidos):

En los *Persas* (pp. 103-155) justifica Gruber la identificación del espectador con el coro, a pesar de su carácter de extranjeros, por su situación lamentable, que les convierte en representativos de la condición humana, y por la lección de moderación que extraen, al centrarse la atención en la cuestión de la culpa.

En los *Siete contra Tebas* (pp. 156-209) el coro está compuesto por doncellas tebanas, que —según indica Gruber— por el hecho de ser doncellas establecen un fuerte vínculo con la ‘song-and-dance culture’, expresión tan repetida por el autor. Y ofrece como ejemplo un Partenio de Píndaro dedicado precisamente a los tebanos, para las fiestas Dafneforias [fr. 94b Sn.-M.]. Las doncellas serían representativas de la cultura familiar, por lo que los espectadores podrían sentirse identificados con ellas. Señala los aspectos «homéricos» de la obra, en lo que respecta a la similitud de Tebas con Troya y a la figura heroica de Eteocles como el salvador. Contrasta la situación con la de *Euménides* —con el énfasis dado en ambas tragedias al poder de las Erinis—, cuyo final es más optimista para los protagonistas, para su *genos*.

Respecto a *Suplicantes*, (pp. 210-269), a pesar de que el coro tiene una participación esencial en la acción mítica, Gruber considera también aquí prioritario su papel ritual, y muestra

que existe una situación a la par de acercamiento y de distanciamiento del espectador en relación al coro.

El comentario sobre *Agamenón* (pp. 270-284) es el más extenso. Gruber indica que el coro hace al espectador desde el principio identificarse con él afectivamente respecto a los hechos del pasado: el sacrificio de Ifigenia, sobre todo, que el propio coro narra en la párodo (cuya complejidad lleva a Gruber a comenzar por un esquema estructural y a extenderse ampliamente en su interpretación: pp. 275-310). Y asimismo el coro hace al espectador participar de sus emociones ante la situación en el presente —en que se depositan las esperanzas en Agamenón como la figura del salvador— y en el futuro, compartiendo, tras el asesinato, el odio hacia Egipto y Clitemestra y la esperanza de que llegue quien sea capaz de curar el *miasma* que mantiene enferma a la ciudad y de restablecer el orden. Éste, el salvador al fin, estará encarnado ya en la siguiente generación, en Orestes.

En *Las Coéforos* (pp. 385-428) va señalando Gruber diferencias con respecto a *Agamenón*, como es, en primer lugar, la composición del coro, que aquí no es de ciudadanos, sino de esclavas, traídas a Argos como prisioneras de guerra e integradas en la casa. La simpatía del coro hacia Orestes atrae también la identificación afectiva del espectador con él, en quien se espera que logre restablecer el orden cívico.

El coro de *Euménides* (pp. 429-474), las Erinis, tiene un carácter especial. Y no sólo su papel, sino también los cambios topográficos y, especialmente, el que sea la Polis de Atenas el lugar de la acción trágica lo señala Gruber como desacostumbrado. Asimismo en este caso considera que el coro dirige las emociones del espectador, induciéndole a esperar el restablecimiento del orden. Atenea, asumiendo la función del salvador, persuade y transforma al coro, que desde entonces sostendrá el orden cívico ateniense.

La tercera parte (pp. 475-528) consiste en una síntesis de lo anteriormente expuesto, insistiendo en las ideas fundamentales: en la función principalmente ritual del coro, como parte de la ‘song-and-dance culture’, mientras que su papel como *dramatis persona* es accidental, y, en lo que respecta al espectador, su identificación afectiva con el coro. Y para apoyar su argumentación acude Gruber a la parte práctica, a ejemplos de las obras analizadas.

Cierran el trabajo dos breves apéndices: uno sobre el coro en *Prometeo* (pp. 529-531) y otro —muy valioso— sobre los coros de las tragedias perdidas de Esquilo (pp. 532-538).

Precede un extenso y detallado índice de contenidos. Y se completa al final con una adecuada bibliografía y dos índices: uno de pasajes y otro de conceptos, nombres y temas.

Es éste, por tanto, un trabajo importante, sumamente útil además para el estudio e interpretación del coro griego y su función, y, por otra parte, de las obras de Esquilo.

Alicia ESTEBAN SANTOS
Universidad Complutense de Madrid

ANA VICENTE SÁNCHEZ, *Las Cartas de Temístocles. Lengua y técnica compositiva*. Zaragoza : Monografías de Filología Griega - 17, 2006, 484 págs.

La presente monografía, que recoge en parte los resultados de la tesis doctoral de la autora, tiene como objetivo la descripción y caracterización de la lengua de las *Cartas de Temístocles* como paso previo para demostrar su filiación, más o menos próxima, con las distintas corrientes lingüísticas de la Antigüedad tardía. Estas cartas espurias, atribuidas al gran estratega ateniense del s. V a.C., se enmarcan dentro de la tradición de otras muchas colecciones de cartas datables en época imperial, si bien algunos *corpora* pueden retrotraerse hasta el s. III a.C. En nuestro caso, el análisis de la lengua demuestra que las *Cartas* no están escritas en κοινῆ, pues

atestiguan múltiples características que las alejan de la misma y que coinciden, en ocasiones, con rasgos propios de una recuperación del dialecto ático, fenómeno cuyos inicios se han de situar en torno al s. I a.C. Otra finalidad de este trabajo ha consistido en la evaluación de la posible calidad literaria de esta colección de textos o, en su defecto, de sus ambiciones literarias y de sus posibles relaciones con la preceptiva retórica y epistolar griegas.

La metodología adoptada para alcanzar esta empresa radica en dos puntos fundamentales: un análisis lingüístico y otro estilístico. El primer acercamiento se ha enfocado desde cuatro grandes bloques: fonético, morfológico, léxico y sintáctico. El análisis estilístico ha tenido en cuenta las referencias griegas a la composición de cartas así como el importante papel de los προγυμνάσματα en la educación escolar.

En la *Introducción* (pp. 9-31) se abordan, entre otros, temas fundamentales tales como el debate en torno a la autoría, a la fecha de composición y a la posible utilización de las *Cartas de Temístocles* como testimonio histórico. Respecto a la autoría, la crítica actual está de acuerdo en que los textos no pueden adscribirse al estratega ateniense, a pesar de que sus primeros editores (así la *editio princeps* de Caryophilus, Roma 1626) no pusieron en duda su autenticidad. También ha sido un tema muy debatido la posible autoría múltiple de las epístolas y su datación, asuntos sobre los que la autora nos ofrece un sucinto pero detallado estado de la cuestión y cuya respuesta constituye uno de los objetivos de la monografía. Asimismo, en este apartado se abordan problemas referentes al género epistolar y a su clasificación en diferentes modalidades tales como el origen del género, los primeros documentos y las diversas posibilidades de adscripción de las *Cartas de Temístocles*, que han llegado a ser consideradas incluso como una novela epistolar.

El amplio capítulo consagrado al análisis formal de las *Cartas* (pp. 33-428) conforma, sin lugar a dudas, el núcleo de la obra y presenta un enfoque multidisciplinar, pues en él se tratan de manera exhaustiva aspectos fonéticos, morfológicos, léxicos, sintácticos y estilísticos. El análisis lingüístico señala la existencia de dos series, teoría propuesta ya por otros autores pero que difiere de las que se postulaban hasta la fecha pues agrupa las cartas de otra manera atendiendo a criterios lingüísticos y, en algunos casos, de contenido. Podemos hablar así de la serie A (*Cartas* 1, 2, 3, 11, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20 y 21), cuya lengua presenta en menor medida los rasgos propios del movimiento aticista de la Segunda Sofística. Aunque dentro de este grupo no se puede precisar el número de autores que participaron en la composición, se aprecia sin embargo una cierta unidad lingüística y temática en torno a las vicisitudes finales de Pausanias en un subgrupo (A2) que comprende las *Cartas* 2, 14 y 16. El resto de las *Cartas* del epistolario (4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 12) conforma la serie B y destaca sobre todo por su mayor proximidad a las tendencias del aticismo de la Segunda Sofística, aun sin llegar a poseer plenamente sus características.

Desde el punto de vista fonético las formas más cercanas a la κοινή corresponden a las del verbo πράσσω con doble *sigma* y se registran únicamente en la serie A, mientras que en la serie B sólo se emplean formas de πράττω con doble *tau*, propias del clasicismo y del movimiento aticista. Además, dentro del campo de la fonética sintáctica se pueden encontrar diferencias de uso que confirman la existencia de dos series; así, mientras que el empleo de la -v efelcística coincide en el total de las *Cartas* con la κοινή y el movimiento aticista, los ejemplos de -v ante consonante son más frecuentes en la serie B, que además presenta el único caso de ausencia de -v ante vocal, combinación de usos que se atestigua en el movimiento aticista.

El análisis de la morfología nominal permite advertir la pervivencia en las *Cartas* de las formas clásicas y literarias así como una notoria tendencia de la serie B hacia las corrientes aticistas: declinación ática del sustantivo νεώς, formas contractas θάτερα y θάτερον, uso del intensificador ático -ί en demostrativos, la exclamación ὦ τᾶν, utilización de ἔνεκα y εἶνεκα, etc. A su vez, la serie A, aunque presenta rasgos clasicistas y aticistas, se aproxima más a la κοινή, como confirma el empleo del adjetivo περισσός con valor comparativo, el uso generalizado de

superlativos en -ιστος, la combinación de ἔνεκα y ἔνεκεν, etc. Respecto a la morfología verbal, apreciamos también diferencias notables entre las series A y B, dentro de un estilo general con aspiraciones literarias en ambas. Así en la serie A se hallan rasgos propios de la κοινή como es la combinación de las formas ἦθελ- y θελ- o el tema δεδι- del perfecto δέδοικα, junto con usos coincidentes entre la κοινή y el movimiento aticista como son la forma οἶδας y el futuro sigmático τελέσω. Por su parte la serie B presenta tendencias aticistas, como el perfecto antiguo δέδοικα o el aoristo sigmático ἔλεξα «decir».

No podía faltar en este amplio análisis un extenso apartado dedicado al estudio del léxico, que a su vez cuenta con varios anexos comparativos de los términos empleados que nos permiten apreciar bien su empleo en otros autores aticistas, bien su ausencia en textos escritos en κοινή, rasgo que los acercaría al aticismo, dada la tendencia de los escritores aticistas de la Segunda Sofística a evitar la lengua de la κοινή. Como en los otros aspectos estudiados se advierte un uso correcto y literario del vocabulario debido a las influencias del movimiento aticista y a la intención artística de las *Cartas*. Igualmente es importante señalar que de nuevo se testimonia una diferencia entre las dos series, que suele consistir en una similitud de la serie A con la κοινή y con los presupuestos aticistas en la serie B. La comparación con los léxicos aticistas de la Antigüedad (Elio Dionisio, Pausanias el Gramático, Herodiano, Pólux, Meris, Oro de Alejandría, etc.) demuestra que la serie A emplea una mayor cantidad de términos censurados en ellos, mientras que la serie B sigue sus recomendaciones. En cuanto a la cronología, el análisis del léxico ofrece concomitancias sobre todo con los léxicos aticistas que se datan en el siglo II, fecha de composición de la mayor parte de los mismos, si bien el de Meris se data en la primera mitad del siglo III y el de Oro de Alejandría en el V.

Las sintaxis nominal y verbal son también objeto de un profundo análisis, cuyas conclusiones redundan en la tendencia ya advertida en las investigaciones consagradas a otros campos. Así, en la serie A hallamos una preferencia por los empleos de la κοινή ante un empeño de recuperación de formas antiguas áticas por parte de la serie B; esta diversidad se puede apreciar en el uso de ὅστις como «relativo general» en la serie B mientras que en A presenta un antecedente determinado. Igualmente en la serie B se apunta hacia una recuperación de ὄδε que fue sustituido en la κοινή por οὗτος, por esta razón tres de los cuatro ejemplos que aparecen en las *Cartas* se encuentran en dicha serie. Asimismo, en la serie B se aprecian huellas de la influencia aticista en el empleo de ἀμφί, ἀντικρυς adverbial, μέχρι (combinado con ἄχρι), predominio de ἔνεκα, etc. A su vez, en la serie A —aunque se atestiguan también rasgos aticistas— son muy abundantes los aspectos propios de la κοινή tales como la presencia de ἀντί (casi exclusiva de esta serie) y de ἀντικρυς preposicional, entre otros. En la sintaxis verbal y entre los rasgos distintivos más destacables se puede reseñar que el uso del infinitivo + ἄν, que desaparecerá en la κοινή, se registra sin embargo, aunque sólo sea una vez, en la serie B; de la misma manera, los adjetivos verbales en -τός / -τος y -τέος, típicos de la lengua clásica y rescatados por los aticistas se testimonian casi de manera exclusiva en las *Cartas* de dicha serie. No obstante, en líneas generales se puede afirmar que a lo largo de todo el epistolario hay un interés por la búsqueda de formas verbales aticistas.

Acto seguido, la autora afronta el estudio de la sintaxis oracional, dedicado esencialmente a la subordinación y cuyas conclusiones no parecen evidenciar, al menos en este aspecto, de manera tan clara la tendencia de A por la κοινή y la de B por las corrientes aticistas, dado que ambas series presentan una distribución homogénea, lo cual no obsta, sin embargo, para que se advierta, aunque de una forma menos marcada, una presencia mayor de aticismos en la serie B. Conectado con este último apartado se encuentra el empleo de las conjunciones y de las partículas que de nuevo evidencia claras diferencias entre ambos grupos de *Cartas*, como por ejemplo el hecho de que el doble καί o «corresponsive», cuyo uso está muy extendido en la κοινή, aparezca sólo en la serie A, así como las coordinaciones a base de τε y καί, de acuerdo

con el uso de la κοινή, dejando las combinaciones más complejas a partir de otros elementos tales como μέντοι, πρῶτον, ἔπειτα, etc. para la serie B. Igualmente, en la serie B se utiliza con mayor profusión la correlación μέν ... δέ, estructura que había casi desaparecido de los textos de la κοινή, pero que había recobrado renovados bríos por parte del movimiento aticista.

El detallado estudio formal se cierra con un análisis estilístico en el que se repasan los diversos textos teóricos y prácticos del género epistolar que sirven para encuadrar las *Cartas de Temístocles* dentro del ambiente educativo de los προγυμνάσματα. A su vez, dentro de los *genera* de la preceptiva retórica, las *Cartas* pertenecerían al género epidíctico, cuya característica positiva, el encomio, se plasmaría en la alabanza a Temístocles, mientras que su correlato negativo, el vituperio, se apreciaría ante todo en la crítica a Pausanias. Por otra parte, en las *Cartas*, a pesar de sus intenciones literarias, se advierten marcas formales propias de la práctica epistolar, tales como fórmulas de saludo y de despedida; de esta manera, se constata una mayor tendencia hacia los hábitos de la epistolografía real en la serie B, hábitos que presentan usos coincidentes con los propios de los primeros siglos de nuestra era.

El libro finaliza con una breve recapitulación (pp. 429-433) de los diversos rasgos apuntados a lo largo del análisis formal tales como la datación y la autoría. Se puede por lo tanto apuntar que la serie A está formada por las *Cartas* más antiguas, debido a su mayor proximidad con la κοινή y a sus concomitancias con la literatura de finales de la era e inicios de la nueva era; por su parte, la serie B da la sensación de ser más moderna, pues presenta formas más elaboradas y rebuscadas que coinciden con los gustos postulados por los aticistas de la Segunda Sofística. Sin embargo, es posible que tales diferencias no conlleven necesariamente una distancia cronológica en la fecha de composición, sino que sean el resultado de las concepciones y preceptos de diversas escuelas. Respecto a la autoría resulta evidente que las *Cartas* no son auténticas ni provienen de una sola mano; es decir, nos encontramos ante unas cartas «pseudoepigráficas».

El volumen se cierra con la *Bibliografía* (pp. 435-464), con un útil *Index Verborum* (pp. 465-478) y con un detallado *Índice General* (pp. 479-484) que facilita bastante la consulta del libro.

En resumen, podemos afirmar que nos encontramos ante un consistente trabajo filológico en el que no se han escatimado esfuerzos a la hora de profundizar en los diversos aspectos analizados, aspectos que engloban varios campos de la ciencia filológica tales como la fonética, la morfología, la sintaxis, la lexicografía y la estilística.

Jesús ÁNGEL ESPINÓS
Universidad Complutense de Madrid

S. RUS RUFINO, *Comentarios a la Política de Aristóteles en la Europa Medieval y Moderna (Siglos XIII al XVII): La historia de un equilibrio inestable*. Madrid: Fundación Ignacio Larramendi, 2008, 192 pp. + 2 DVD.

La ciencia política en la Europa medieval y moderna evoluciona en buena parte en torno al comentario y reinterpretación de la *Política* de Aristóteles. Si bien la obra pasó casi inadvertida en la Antigüedad frente a la omnipresencia de la *República* platónica, desde la traducción de Guillermo de Moerbeke en el siglo XIII y el comentario de Santo Tomás de Aquino, y sobre todo, a partir de las nuevas traducciones humanistas que inaugura Leonardo Bruni en 1438, la *Política* se convierte en el manual clásico de ciencia política y buen gobierno, de modo que, como dice el autor, «la influencia de Aristóteles en el Renacimiento no sólo no declinó, sino que aumentó sensiblemente respecto a la edad Media» (p. 40). La aparición de nuevos conceptos como Estado o soberanía se derivan trabajosamente de la traducción y redefinición de los antiguos conceptos (e. g. *Respublica*, *imperium*, *potestas*, versiones latinas de πολιτεία, ἀρχή,

δύναμις)», y las nuevas situaciones se evalúan siguiendo los parámetros marcados por Aristóteles: por ejemplo, la justificación de las monarquías absolutas o su refutación monarcómica, o la (des-)legitimación de la conquista americana, como la famosa Controversia de Valladolid entre Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda, que versó casi exclusivamente sobre la interpretación del libro I de la *Política* en torno a la esclavitud natural de los bárbaros. Sin embargo, precisamente porque la filosofía moral y política aristotélica es utilizada una y otra vez desde orientaciones muy distintas, es complicado establecer los grandes vectores de su influencia más allá de las generalidades amplias o de los microestudios sobre aspectos muy específicos. A este respecto, su estudio ha sido muy lastrado por la dificultad de acceso a los múltiples comentarios que se suceden entre los siglos XV y XVII.

En la superación de este obstáculo radica la gran importancia de esta obra, que ofrece en dos DVD el texto digitalizado de los más importantes comentarios a la *Política* de Aristóteles de estos tres siglos. Por vez primera, al investigador se le permite un acceso fácil y provisto de los instrumentos de una edición electrónica a las obras de los siguientes comentaristas (en orden alfabético, con el año de la edición digitalizada): Donato Acciaoli (Venecia 1566), Alberto Magno (Lyon 1651), Hennig Arnisaeus (Francfort 1606), Martin Borrhaus (Basilea 1545), Franz Burgersdijk (Leiden 1644), Jean de Buridan (Oxford 1640), Jean Calvin (Francfort 1595), Joachim Camerarius (Francfort 1581), Pedro de Castrovol (Pamplona 1496), Balthasar Cellarius (Jena 1664), Johann von Chessel (Rostock 1587), Hermann Conring (Helmstadt 1656), Gilbert Crab (Paris, ca. 1550), Jean Felde (Francfort 1654), Hubert van Giffen (Francfort 1608), Peter Gilken (Francfort 1605), Theophilus Golius (Estrasburgo 1622), Nocolò Vito de Gozze (Venecia 1591), Christian Gueinz (Halle 1636), Christopher Heidmann (Helmstadt 1672), Wolfgang Heider (Jena 1628), Daniel Heinsius (Leiden, 1621), Chrysostomus Javelli (Venecia 1536), Bartholomaeus Keckermann (Hanau 1608), Balthasar Krosniewicz (Nürnberg 1603), Jacques Lefèvre d'Étaples (París 1512 y 1516), Dionysius Lambinus /Victorius Petrus (Basilea 1582), Raphael Maffei (Venecia 1542), Genesisio Malfanti (Passau 1587), Gebhard Theodor Meier (Helmstadt 1668), Philip Melanchton (Grossenheim 1531), Antonio Montecatino (Ferrara 1594), Joachim Périon (París 1543), Friedrich Phemelius / Christian Gueinzus (Halle 1646), Michael Piccart (Leipzig 1615), Eryk van der Putte (Louvain 1645), Pierre de la Ramée (Francfort 1601), Fernando de Roa (Salamanca 1502), Francesco Robortello (Venecia 1552), Zacharias Scheffter (Coburgo, 1618), Philip Scherb (Francfort 1610), Juan Ginés de Sepúlveda (París 1548), Heinrich Joachim Soehlen (1677), Pachasius Tomasius (Halle 1645), Tomás de Aquino (Roma 1492), Michael Tozites / Johannes Sturm (Tiguri 1550), Johannes Versoris (Colonia 1492), Virgilius Wellendorfer (Leipzig 1513).

Estos textos van precedidos de un Estudio Preliminar de Salvador Rus Rufino, que continúa así su serie de trabajos sobre filosofía política griega y su tradición posterior. Esta introducción consta de un detallado *status quaestionis* sobre el estudio de la recepción del aristotelismo, un capítulo sobre la asimilación de la *Política* en la Europa medieval y moderna, con un apartado específico para España, y un esbozo final de valoración de la obra aristotélica como fundamento de una Teoría de la Comunidad Política. Finalmente, los anexos con sumarias biografías de los comentaristas editados, y una muy completa bibliografía sobre el aristotelismo medieval y moderno, son una base indispensable para el estudio de los textos que ofrecen los DVD. Los editores de la Fundación Larramendi, responsables de la publicación de la obra, anuncian proyectos similares y aún más avanzados técnicamente para la *Ética* y la *Retórica*. Bienvenidos sean, pues, este trabajo y los que le sigan, que suponen un gran impulso para avanzar en un campo en que aún queda mucho camino por recorrer.

Miguel HERRERO DE JÁUREGUI
Universidad Complutense de Madrid

RANOCCHIA, G., *Aristone sul modo di liberare dalla superbia nel decimo libro de vitii di Filodemo*, ed. Leo S. Olschki, Florencia 2007, XVII + 436 pp. (Accademia Toscana di Scienze e Lettere «la Colombaria». «Studi» CCXXXVII).

Los papiros descubiertos en la ciudad de Herculano nos han proporcionado valiosos textos de época helenística que, de otra manera, no se nos habrían conservado. En concreto, en palabras de A. Lesky «*el trabajo sobre los Herculansia constituye una de las tareas más dificultosas de la filología*». En esta dura empresa se embarca Graziano Ranocchia cuando, a lo largo de estas páginas, se propone una nueva edición, comentario y estudio de las columnas 10-24 contenidas en el *PHerc.* 1008, correspondiente al libro décimo del «*De vitiiis*» de Filodemo de Gádara (ss. II- I a. C.), polígrafo de la escuela epicúrea. Tales columnas contienen fragmentos literales de una obra atribuida a un autor de nombre Aristón sobre el que ha pesado una larga polémica entre los filólogos, polémica que se trata de aclarar en la medida de lo posible. En la *Introducción* que, en realidad, tiene todo el peso de una conclusión, se exponen las razones por las que el desconocido Aristón es Aristón de Quíos, filósofo estoico del siglo III a.C. Tal afirmación da pie a desgranar todo el estudio que sigue a continuación.

Después de aclarar que la obra de Aristón tiene como intención la liberación total del vicio de la soberbia, se comenta la primera columna del texto, «*configurando il passo come uno tra i più controversi nella storia degli studi ercolanesi*», para la que el autor propone nuevas lecturas significativas: ἐπιστολι[κόν] (10, 13-14), τ[ι] ἴδιον μὲν ἔπαθεν (10, 14-15), [κατ]ι[δ]ών (10, 16) y ἄπετέμετο (10, 29-30). Del análisis de la trama interna textual se observan dos secciones claramente diferenciadas: una de tipo parenético (10, 31- 16, 29), llena de exhortaciones destinadas a prevenir o extirpar el vicio de la soberbia, en la que se valoran las consecuencias de este mal, con abundantes ejemplos; en la segunda (16, 30- 24, 23) de carácter etológico se describen vicios y comportamientos afines, auténticas subespecies. En el apartado estilístico sobresalen los paralelos con el género epistolar y la literatura destinada a la instrucción moral popular del primer helenismo, en conexión directa con la diatriba o el χαρακτηρισμός, con autores como Bión de Boristenes, Demetrio Falereo o Séneca, pero siempre conservando una identidad propia. Esta obra representa un nuevo género de literatura protréptico-moral, con un contenido filosófico-popular, que está escrito bajo la forma de una epístola, cultivado sobre todo entre estoicos y cínicos, del que se traza una historia desde sus orígenes hasta su formulación definitiva y se informa de la configuración de cada una de sus partes y rasgos más característicos.

La atribución del escrito a un autor de nombre Aristón ha supuesto para la crítica un problema histórico a la hora de adjudicarlo a un hombre concreto (la conocida como *Aristonfrage*, de la que se pasa cumplida revista de su desarrollo hasta nuestros días); dos son los candidatos que se han barajado: el estoico Aristón de Quíos y el peripatético Aristón de Ceos. La confusión entre los dos personajes no se produjo hasta época tardo-antigua y se debe a la atétesis que realizaron Panecio y Sosícrates de la obra del primero, con el objetivo de eliminar las influencias cínicas del primer estoicismo. Del de Quíos (primera mitad del s.III a.C.) se nos ha conservado el catálogo de su producción gracias a la lista que ofrece Diógenes Laercio (VII, 163); por la interferencia ya mencionada estos textos pasaron a ser considerados de Aristón de Ceos. Aparte de que es muy escasa la información que tenemos sobre este segundo autor (segunda mitad del s.III a.C.), no existen testimonios o razones de peso que permitan vincularlo con claridad al *De liberando a superbia*, pese a un cierto paralelismo con los *Caracteres* de Teofrasto.

Bajo la guía de A.M. Ioppolo y en contra de la vulgata crítica, G. Ranocchia trata de demostrar que es mucho más plausible considerar a Aristón de Quíos como autor de esta obra. Para ello estudia aspectos como la forma epistolar del escrito, que podría haber servido como una especie de amonestación para los estudiantes, aunque de quién sea el destinatario no podemos tener una certeza absoluta.

El intento de acercamiento a la escuela peripatética también se ha revelado vano: conceptos de vital importancia en Aristóteles como la figura del irónico no acaban de encajar con el mismo sentido con el que se encuentran en las líneas de Aristón: mientras que el de Estagira considera la ironía un recurso legítimo y una virtud relativa, para Aristón cae en el terreno de la arrogancia y la excelencia propia, es un vicio afin a la soberbia. Dicha figura tampoco se ajusta a la ofrecida en los *Caracteres* de Teofrasto (pese a una cierta afinidad entre ambos textos, se dedica un capítulo a tratar sus diferencias metodológicas y de objetivos), de manera que se describe su evolución hasta llegar a Filodemo. Del mismo modo, en la escuela epicúrea evoluciona positivamente la consideración del Sócrates platónico, mientras que en el *De liberando*, deudor del Sócrates de la misma matriz, la ironía y sus múltiples manifestaciones son consideradas en todo momento como un vicio; se ataca de fondo a la interpretación que hicieron del personaje algunas escuelas como la escéptica de Arcesilao.

En un análisis más profundo de la parte parenética, se califica al texto como el ejemplo más antiguo de literatura protréptico-moral del helenismo. Se incluyen modelos de virtud y vicio, con el apoyo de abundantes anécdotas que los describen. Este nuevo género literario, destinado a la exhortación y a la disuasión, y que marca distancias con la preceptística, con la intención de formar en el interlocutor una serie de «opiniones correctas» fue especialmente cultivado entre los estoicos. En un segundo tramo se mantiene el mismo tono, aunque destaca la descripción de modelos moralmente negativos que invitan al reconocimiento de los vicios propios y a la liberación de los mismos, técnica ya desarrollada por Posidonio y que tuvo continuadores entre los autores de diatribas. Todos estos rasgos, una vez más, acercan el texto a una corriente de pensamiento estoico y a un autor de gran habilidad expresiva: Aristón de Quíos.

El estudio del léxico específico y de los contenidos filosóficos ayuda a la comprensión definitiva de la obra. Es muy del gusto aristoneo (y de los seguidores de la Stoa como Crisipo) las abundantes analogías de las pasiones y vicios con los términos médicos: la virtud refleja salud, un bienestar físico, mientras que, por ejemplo, la soberbia es una clase de tumor. Destaca también el gran parecido entre el φαῦλος de tradición estoica y el soberbio del *De liberando*, persona asocial, arrogante y, en definitiva, infeliz, en contraposición a la figura del sabio. El punto central del texto es la fortuna (τύχη) —más precisada en el binomio Posidonio-Séneca como la riqueza—, causa generadora de los vicios, frente a la que el sabio, representante de la magnanimidad, y el necio, de la soberbia, reaccionan de diferente modo. Al contrario de la *Ética a Nicómaco* aristotélica, el magnánimo en Aristón muestra un desinterés total (ἀπάθεια), casi un desprecio, hacia los bienes de fortuna, ante los que siempre se muestra superior. Tales ideas, presentes ya en Panecio, encuentran continuidad en el *De officiis* ciceroniano y en el *De ira* y en la producción en general de Séneca. Es precisamente este autor latino el encargado de sellar el insoluble lazo entre ira y soberbia. En el *stultus*, sin embargo, la riqueza desencadena un entusiasmo irracional que le conduce hacia la soberbia. La indiferencia ante los bienes intermedios entre vicio y virtud que tiene que mostrar el sabio le costó a Aristón la consideración de heterodoxo entre los integrantes de su propia escuela. De nuevo, mientras el Peripato se mostró neutral o incluso favorable a la riqueza y a otros bienes, Aristón de Quíos integró elementos cínicos y estoicos en su teoría rigorista de la indiferencia (ἀδιαφορία).

El ataque contra el saber enciclopédico y contra disciplinas como la dialéctica y la retórica, consignado en muchas fuentes antiguas (Zenón, Estobeo, Dión de Prusa), va dirigido en concreto hacia aquellos que se creen omniscientes o suficientes. La filosofía en Aristón queda despojada de valores que para él son superfluos hasta convertirse en filosofía moral; se produce así un punto de encuentro entre cinismo, filosofía popular y la posición filosófica propia del autor. En esta misma dirección se hace alusión a la necesidad de un continuo ejercicio personal en disciplinas como la poética. En oposición a la ortodoxia estoica, más centrada en los conceptos, Aristón considera que en un buen poema se ha de lograr la perfecta armonía entre forma y contenido.

Son abundantes las referencias a filósofos de nombre Aristón encontradas en Filodemo de Gádara, pero aquellas que con seguridad se adscriben al de Quíos revelan admiración y elogio a su elocuencia. En el *PHerc.* 1004 (de fr. 12 a col. 71), donde se expone ampliamente la polémica antirretórica cara a un sector del estoicismo, Diógenes sigue como fuente principal algún escrito aristoneo, que de ninguna manera puede pertenecer a un filósofo peripatético. A lo largo del *De vitis* todas las alusiones a un genérico Aristón siempre se deben remitir a Aristón de Quíos quien, en su primera fase, había escrito un tratado «*Contra los rétores*», lo que le valió no pocas ataques de autores como Crisipo. Del filósofo de Quíos es otro planteamiento heterodoxo, el ya mencionado sobre la poética, que aparece en el libro V del *De poëmaticis* (*PHerc.* 1425). De las fuertes analogías existentes entre el *De ira* filodemeo y el *De liberando* se desprende que los motivos por los que el de Gádara, de la escuela epicúrea, cita con frecuencia a Aristón, además de históricos y polémicos, son estrictamente filosóficos. Cada vez que Filodemo quiere tratar la descripción de un vicio o de una virtud recurre sin duda a la literatura estoica y, por ende, a Aristón.

La tercera parte del estudio finaliza con una descripción de los aspectos materiales y bibliológicos del *PHerc.* 1008, del que se ha conservado la parte interior. Después de describir la fortuna que tuvo tanto en la época en que fue desenrollado con la «*macchina di Piaggio*» (se llegó a interpretar que era de «*Fanias*», autor peripatético de un tratado botánico), como en una etapa posterior en la que se perdieron varios fragmentos, se aclara la secuencia en la que tendrían que ir ordenados los textos conservados. Al fragmento 1 del marco 7, perteneciente a trozos desenrollados en una primera fase, le sigue, aunque no de manera inmediata, la secuencia de textos comprendidos entre los marcos 1-6. Sobre el fragmento 7.2 no se puede decir nada con seguridad. Tras informar acerca del estado de conservación (en general, bastante bueno), el formato, el espacio escrito y no escrito, título (con título inicial y subtítulo reconstruidos, y título final a destacar por su concisión), signos, abreviaciones y correcciones, escritura y datación (mayúscula simple y formal, s. I d.C.) y de la ortografía y silabación, se llega al estudio de los «*diseños*». Resulta excepcional el hecho de que se hayan conservado tres series de apógrafos, uno oxoniense y dos napolitanos, que ayudan decisivamente en el esclarecimiento de algunas dudas textuales. De hecho, la publicación de la primera serie de los *Herculanensia volumina* se asienta sobre el primer apógrafo napolitano a cargo de G. Casanova, de mayor calidad y cronológicamente anterior a los otros dos.

A continuación se pasa revista a las ediciones que se han hecho del texto desde la primera edición de L. Caterino contenida en el tercer volumen de la *Collectio prior* de los *Herculanensia* hasta la que nos ocupa. Destaca la *editio princeps* elaborada por C. Jensen para la Colección Teubneriana en 1911, de un gran valor pero que, sin embargo, descuida los primeros diseños napolitanos. G. Ranocchia considera que, puesto que después de la obra de Jensen no se ha intentado realizar una edición integral del *PHerc.* 1008 (tan sólo existen selecciones como la de Wehrli, reconstrucciones parciales o intervenciones puntuales), es casi una necesidad la actualización de la citada edición. En ésta que se presenta, en las páginas de la izquierda se muestra el texto en columna, acompañado de un extenso aparato crítico en el que se consignan las lecturas del papiro, de los apógrafos y las aportaciones pertinentes de otros estudiosos; en las de la derecha hay una versión continua que facilita la lectura, acompañada de una traducción al italiano. A la edición, de una precisión y rigor filológicos encomiables, le sigue un extenso comentario de setenta y una páginas, en las que se ponen de manifiesto todos los aspectos reseñados en el estudio preliminar, al mismo tiempo que se comentan y resuelven muchas de las dudas que se han planteado con anterioridad. Una lectura atenta de esta parte muestra el logrado enlace lógico entre final y principio de cada columna, las dificultades de interpretación que encierra el texto en algunas líneas y, sobre todo, el gran número de *hapax* y significados nuevos ni siquiera recogidos en el Lidell-Scott Jones. El volumen se cierra con una amplísima

sección de bibliografía y unos útiles índices de palabras, citas, nombres antiguos y nombres modernos.

No se entiende cómo, para rematar el conjunto, G. Ranocchia no ha editado el fragmento 7.1 del papiro que, aunque se sitúa en una sección anterior y aun a título de curiosidad, pertenece a la misma obra. En paralelo a esta reseña hubiese sido del máximo interés editar la correspondiente a la nueva edición del mismo texto, obra de P. Stork- W.W. Fortenbaugh- J.M. Van Ophuijsen- T. Dorandi (eds.), *Aristo of Ceos. The Sources, Text and Translation*, en W.W. Fortenbaugh- S.A. White (eds.), *Aristo of Ceos. Text, Translation, and Discussion*, New Brunswick-London, Transaction Publishers 2006 («Rutgers University Studies in Classical Humanities», 13), con la que se hubiese completado la reflexión sobre este papiro tan controvertido dentro de los *studia Herculanensia*.

Rafael FERNÁNDEZ MUÑOZ
I. E. S. Alonso de Madrigal (Ávila)

EURÍPIDES, *Tragedias, VI. Los Heraclidas, Helena*. Introducción, edición y traducción de E. CALDERÓN DORDA, Madrid 2007, pp. XLVII-44, LI-115.

Esta edición de las tragedias de Eurípides que el Prof. Calderón nos ofrece es tan sobresaliente como la de las otras dos tragedias (*Heracles, Ifigenia en Áulide*) que publicó en 2002, y que he reseñado en *Myrtia* 2003, p. 315 ss., dispensando al docto editor el altísimo elogio que merecía. En vista de aquella reseña no creo necesario repetir mis alabanzas de mi agudísimo colega: basta con decir que esta edición de los *Heraclidas* y de *Helena* es con mucho la mejor que yo conozco. Sus méritos son dos. C., en las respectivas y muy aleccionadoras Introducciones, enfoca y explica con ejemplar claridad y de manera exhaustiva todos los datos y problemas concernientes a las dos tragedias (transmisión manuscrita¹, estructura compositiva, *Charakteristik* de los personajes, ideas religiosas, morales y políticas de Eurípides, novedades argumentales y estructurales propuestas por el poeta², función del coro, etc.). Dichas Introducciones son el resultado de un trabajo muy reflexivo, en el curso del cual C. ha evaluado críticamente la enorme bibliografía que se ha acumulado sobre las dos tragedias durante las últimas décadas. La puesta al día que C. nos presta es inestimable y sumamente instructiva; además, abunda en originalidad.

El segundo mérito de esta edición consiste en el establecimiento del texto (cf. p. XXXI). Continuando su benemérita obra purificadora que he aplaudido en *Myrtia* 2003, p. 315, y confirmando con su juicio concluyente la validez de la famosa ley de Heather White, C. ha descontaminado el texto de Eurípides de las conjeturas por medio de las cuales Diggle lo había estropeado a cada paso: C. ha rechazado «más de ciento veinte» estropicios perpetrados por Diggle (p. XXXII) en los *Heraclidas*. Tal depuración era tanto más necesaria cuanto que Wilkins y Allan (cf. C., p. XXXII) reproducen el texto de Diggle maquinalmente.

Por supuesto, la descontaminación efectuada por C. no se limita a las fechorías de Diggle: el valioso editor con razón relega a su *apparatus criticus* muchas conjeturas inválidas que han propuesto otros críticos, por ejemplo las sugerencias de Musso.

¹ A lo que me parece, la *paradosis* es más compleja de lo que creen Zuntz y Diggle (C. p. LXXX): *Ald.*, *Apogr. Flor.* y *Apogr. Par.* cotejaron («transmisión orizontal») códices que no nos han llegado. Las «reservas» de C. (p. LXXX) son irrefutables.

² La «inversión de papeles» lúcidamente subrayada por C. (p. LXXI) es precursora de la técnica helenística.

Conclusión. Enhorabuena al Prof. Calderón por haber una vez más fungido de auténtico *sospitator Euripidis*, y por haber mostrado que en «bastantes pasajes la lectura de los manuscritos es perfectamente defendible y, en consecuencia, debe mantenerse» (p. LXXXI). Quisiera añadir a este respecto que C. ha sido a veces demasiado indulgente hacia algunos sabios, cuyas conjeturas injustificadas ha tolerado benévolamente. Indicaré solo dos ejemplos.

En *Hel.* 1663, la conjetura de Cobet πλεῖ, aprobada por Paley, Nauck, Kirchoff y C., es inadmisibles, porque, como Grégoire-Méridier han comprendido, πλεῖν es un infinitivo con función de imperativo (cf. Kühner-Gerth II, p. 19ss.)

En *Hel.* 1319ss. leemos:

Δρομαίων δ' ὅτε πολυπλανή-
των μάτηρ ἔπαυσε πόνων
ματεύουσα πόνους
θυγατρὸς ἀρπαγᾶς δολίους.

La conjetura de Musso ἀπόνως (1321), que C. acepta, es inmotivada: no cabe la menor duda de que la lectura valedera es μαστεύουσ ἀπόνους: el adjetivo ἀπόνους significa «(rpto) muy doloroso» (= πολυπόνους), la vocal ᾱ- siendo un *alpha intensivum*³ y no *privativum*. Nótese la *cumulatio* δρομαίων, πολυπλανήτων... ἀπόνους δολίους.

Siguiendo las huellas iluminantes de mi eximio colega C. espero poder mostrar en un artículo que algunas conjeturas decimonónicas tocantes al texto de las dos tragedias no son justificadas. Dicho artículo aparecerá en *Habis*.

Giuseppe GIANGRANDE

L. R. LANZILLOTTA, *Quién es quién en el Nuevo Testamento. Diccionario de nombres propios de persona*, Córdoba: Ediciones el Almendro, 2009, 198 pp.

El diccionario publicado por el profesor Lanzillotta en la editorial El Almendro se enmarca dentro del vasto proyecto que está llevando a cabo el «Grupo de Análisis Semántico de la Universidad de Córdoba» (GASCO) con el fin de sacar a la luz el primer y mayor *Diccionario Griego-Español del Nuevo Testamento* (DGENT) jamás editado, obra de la que el lector ya tiene a su disposición los tres primeros fascículos, y de la que está a punto de salir al mercado el cuarto y último de la letra Alfa.

Tal y como nos indica en la presentación de la obra el director del proyecto, el profesor Peláez, este diccionario posee un carácter eminentemente divulgativo con el fin de ofrecer al público no especializado una serie de instrumentos de fácil manejo de todos aquellos términos que no requieran un análisis semántico muy pormenorizado. La intención de dicho grupo de estudiosos es la de publicar de modo paralelo a sus investigaciones una serie de diccionarios menores que ayuden a comprender una familia determinada de conceptos que puedan ser comprendidos por un lector de cultura general. Así, a este diccionario de nombres propios le han de seguir otros tres más: *Diccionario Geográfico del Nuevo Testamento* (de pronta publicación), *Diccionario de utensilios y objetos del Nuevo Testamento* y *Diccionario ecológico del Nuevo Testamento*.

Por su parte, el profesor Lanzillotta explica de una manera clara y sucinta el objetivo de su escrito y la metodología seguida en su estudio. Como se indica en la introducción de la obra, el

³ Si mal no entiendo, a los doctos (véase el *apparatus criticus* de C.) se les ha escapado que el *alpha* es *intensivum*, como he puesto en claro.

interés de los nombres propios del N.T. se centra en la ayuda que dicho análisis proporciona a la comprensión de las Sagradas Escrituras, así como del significado que la tradición posterior le ha atribuido a lo largo de los siglos. Este estudio puede ofrecer al lector del texto sagrado una clave de importancia capital para la interpretación literaria o teológica de una perícopa analizada; es más, la mención de un determinado personaje puede incluso establecer, desde un punto de vista histórico, la cronología de un suceso descrito o de una historia narrada. De hecho, la información que se puede recabar del estudio de dichos nombres ilumina en muchas ocasiones la extracción social de un personaje, su proveniencia geográfica y a veces incluso su *status* económico. El autor del diccionario insiste en la delimitación de su estudio a los nombres propios de persona, dejando aparte topónimos y gentilicios. Es evidente que al ser un diccionario en español, el repertorio de nombres propios viene clasificado según la versión española y no la hebrea o la griega. Dado que es una obra para un público no especializado, los términos en estas dos lenguas vienen transcritos en español de una manera sencilla y clara, pero a la vez rigurosa y precisa.

La estructura de la obra es idéntica para todas las voces, que vienen presentadas alfabéticamente según la lengua española. Cada lema consta de tres secciones. En la primera, se menciona el nombre y su frecuencia entre paréntesis, ambos datos en negrita, junto a una presentación lo más objetiva posible de dicho personaje; en este apartado se suelen dar las citas en las que aparece dicha voz, elemento muy útil a la hora de comprobar otros textos con el mismo lema. En la segunda sección, se ofrece la posible etimología de dicha voz y se intenta perfilar su filiación, su extracción social y su procedencia geográfica; en esta sección suelen faltar aquellas voces que engloban a varios personajes distintos (por ejemplo, José, Juan). En la última sección, la más extensa y con un carácter marcadamente interpretativo, se exponen aquellos aspectos que resultan del estudio comparado con otros libros del N.T. o del A.T., o incluso con fuentes extrabíblicas coetáneas a los textos (v.gr. Filón de Alejandría o Flavio Josefo) o posteriores a los mismos (v.gr. los padres de la Iglesia), sobre todo, cuando la interpretación que el N.T. ofrece de dicho personaje contrasta con la de las fuentes mencionadas. Esta sección desaparece si el personaje no posee una gran importancia en el N.T. (véase Ana o Jefte).

Para no complicar la comprensión de la obra, que posee, como ya hemos señalado, un fuerte carácter divulgativo, se omite toda referencia bibliográfica que no sea estrictamente necesaria.

Es una obra muy interesante, de fácil lectura y muy sencilla para consultar. La clasificación en español de los personajes del N.T. facilita, sin lugar a dudas, la búsqueda de un nombre cuyo significado quiere ser comprendido globalmente o en comparación con otras fuentes, o del que simplemente se desconoce su función en el texto sagrado y del que sirve una pequeña referencia para ubicarlo adecuadamente. Es obvio que es un diccionario que sólo intenta introducir al lector en el mundo de los personajes del N.T. y que únicamente pretende despertar su interés para que siga profundizando en su estudio. El fin de la obra, modesto en sí mismo, no desmerece en absoluto el rigor con el que se ha llevado a cabo.

Manuel CABALLERO

Pedro de Valencia. Obras Completas.X. Traducciones, (AA.VV), Jesús M^a Nieto Ibáñez (coordinador). Instituto de Humanismo y Tradición Clásica, Universidad de León, 2008, 332 pp.

Con este nuevo volumen, el número 34 de la *Colección de Humanistas Españoles*, dedicada a las traducciones de Pedro de Valencia, están de enhorabuena los estudiosos del humanismo y de la tradición clásica.

Un elenco de prestigiosos filólogos helenistas, hispanistas y latinistas ofrece unas muy cuidadas ediciones críticas de traducciones de obras y pasajes de autores griegos, vertidos al latín o al castellano por el humanista Pedro de Valencia. Precede al trabajo del equipo interdisciplinar una muy atinada presentación de Jesús Paniagua Pérez, quien recuerda el impulso inicial de Gaspar Morocho Gayo, creador de esta colección y que revitalizó la tarea de abordar la edición de la obra del Zafreño. Todo esto con la impecable coordinación, y mucho más, de Nieto Ibáñez, quien hace además una introducción sobre la excelencia de Pedro de Valencia como helenista. A Vicente Bécares Botas se debe el estudio previo (pp. 17- 34) sobre la actividad del humanista como traductor de textos griegos a partir de su formación helenista, los contenidos de su biblioteca griega y sus formas de lectura y escritura. Después de estos preliminares, siguen las ediciones de los textos contenidos en esta monografía, que obedece a un *modus operandi* común para todos los autores: identificación y estudio del manuscrito portador de la traducción, latina o castellana, los criterios de edición y transcripción para los textos latinos y castellanos, indicando cuando procede el empleo de criterios específicos cuando así lo requiere la naturaleza de cada texto. Cada edición va seguida de un apartado que contiene un estudio y comentario sobre la recepción del autor griego en cuestión en el humanismo español, las razones que movieron a Pedro de Valencia a llevar a cabo estas traducciones, el modo de verter el texto por parte del humanista, etc, etc. Cada estudio y comentario corre a cargo bien del mismo editor o de otro miembro del equipo.

La primera parte del volumen está dedicada a las tres versiones latinas que el Zafrense hizo de Teofrasto (*De igne*), Tucídides (los primeros 26 capítulos y sólo el inicio del 27 del libro I de las *Historiae*) y San Epifanio de Chipre (*De lapidibus*). Antonio M^a Martín Rodríguez es el responsable de la rigurosa edición crítica de estos tres textos, siguiendo la preceptiva de la colección, aunque ha mantenido las grafías originales en los de Teofrasto y Tucídides por conservarse en versiones autógrafas, siempre y cuando se trata de un uso común de la época o frecuente en Pedro de Valencia. Nada escapa a la acribía de Martín Rodríguez, quien incorpora también un aparato de fuentes sólo sobre las referencias explícitas incluidas en el cuerpo del texto.

La labor de Martín Rodríguez está magníficamente completada por los estudios y comentarios de M^a Luz García Fleitas sobre la versión de Tucídides y Teofrasto, y de Jesús M^a. Nieto Ibáñez sobre la de San Epifanio.

En la segunda parte de este volumen se incluyen las ediciones críticas de las versiones castellanas que Pedro de Valencia hizo de Dión de Prusa (*Del Retiramiento*), Lisias (*Apología de Lisias sobre la muerte de Eratosthenes*), Epicteto (*Pláticas*) y Demóstenes (*Discurso en materia de guerra y estado compuesto de sentencias y palabras de Demóstenes*). El mismo rigor filológico, señalado en la edición de los textos latinos, preside el trabajo de los editores de los textos castellanos.

En efecto, Sergio Fernández López es el responsable de la edición del texto de la versión castellana del *Perianachoreseos* de Dión Crisóstomo, basándose en un manuscrito, autógrafo, del siglo XVII, en otro del siglo XVIII, copia del anterior, y en la edición de Mayans y Siscar de finales del XVIII cuyas lecturas remiten siempre al manuscrito autógrafo de Pedro de Valencia. Fernández López explica el mantenimiento de diversas lecturas entre corchetes que se corresponden con notas aclaratorias de la traducción, lo que hace pensar en dos estadios de redacción. Incluye en notas, fuera del cuerpo del texto, otras lecturas que recogen opciones rechazadas por el humanista (las eliminadas o las sustituidas por otras más apropiadas). Completa la edición el estudio y comentario de Jesús M^a. Nieto Ibáñez con noticias sobre la amplia recepción de Dión de Prusa entre los humanistas por su importante contenido político y su doctrina ascética y moral. Sobre la traducción, a pesar de la afirmación de que está hecha directamente del griego, señala con acierto Nieto Ibáñez que no se debe descartar el uso de algunas de las traducciones latinas que circulaban entonces.

Sigue la edición del texto conservado en el ms. 5585 BN, f.95^v que en realidad corresponde, como muy bien señala Felipe G. Hernández Muñoz, a la traducción del comienzo del primer discurso de Lisias (*proemio, propositio* e inicio de la *narratio*). Hernández Muñoz compensa sobradamente la brevedad del texto editado proporcionando en su estudio y comentario detalles y noticias sobre el manuscrito que contiene esta traducción y la poca fortuna que el logógrafo griego ha tenido en nuestro país. La afirmación del humanista español de que traduce del griego es matizada por el autor de la edición al no descartar que Pedro de Valencia hubiera tenido delante la versión latina de H. Stephanus (1575) y señala alguna coincidencia con la versión también latina de Vander Heido. Pero Hernández Muñoz sí excluye la consulta por parte del Zafreño de los manuscritos griegos *Matrit.* BN 4611 y *Toletanus* 101-16.

Nieto Ibáñez aborda la edición crítica, estudio y comentario de Epicteto, en concreto de la traducción castellana que Pedro de Valencia hizo de un capítulo de las *Pláticas*, y aunque el título *Discurso fundado creo que en el Epicteto de Arriano sobre los que pretenden vivir con quietud* puede dar la impresión de que sea una paráfrasis, Jesús M^a. Nieto demuestra que se trata de una traducción bastante directa del original griego y que responde a las inquietudes intelectuales del Humanismo sobre la búsqueda de comportamientos morales de la Antigüedad. El mismo editor proporciona datos abundantes sobre la alta estima que gozó Epicteto entre los humanistas españoles, como lo demuestra la versión castellana que del autor griego hizo El Brocense cuyos pasos siguió su discípulo Pedro de Valencia.

Esta serie de ediciones se cierra con la del *Discurso en materia de guerra y estado compuesto de sentencias y palabras de Demóstenes* (que no es un discurso de Demóstenes sino palabras, frases y pasajes de diferentes discursos de este autor), llevada a cabo por Rafael González Cañal. En esta ocasión, González Cañal señala la dificultad que entraña la edición de este texto, conservado en dos manuscritos de la Biblioteca Nacional: ms. 12.968- 20 ff. 1^r- 8^v (A), del siglo XVII, y ms.18-756-10, ff. 1^r- 10^r (B), del siglo XVIII. La dificultad estriba en que el testimonio del siglo XVII es más completo y cercano al autor; el del siglo XVIII es más unitario y más ajustado al texto griego de origen. De modo que el editor decide tomar como texto base el más antiguo sin negar valor al otro testimonio, y elabora un aparato crítico positivo con todas las variantes significativas. Ángel Ruiz Pérez se hace cargo del estudio y comentario de esta obra; proporciona una relación de los textos de Demóstenes identificados, indicando el volumen y página de la edición de Wolf (1572), y reconstruye el hipotético texto griego del que se sirvió el humanista español, a partir de la edición de Wolf, en la que tacha las palabras que Pedro de Valencia no tradujo.

Como digno colofón a este volumen, se incluye un Apéndice del helenista José M. Floristán sobre la política exterior de los tres primeros Austrias, aportando interesantísimos documentos sobre este tema del que es un gran especialista, y un Índice Onomástico muy útil y bien elaborado por Raúl López López sobre términos contenidos en las traducciones latinas y castellanas de Pedro de Valencia y con los nombres propios que se citan en los correspondientes estudios.

A tenor de lo dicho hasta aquí, nos encontramos ante una obra llevada a cabo con gran esmero y rigor, sin haber dejado de tratar ningún aspecto importante y espléndidamente coordinada.

Pilar SAQUERO SUÁREZ-SOMONTE